



El itinerario cuaresmal que estamos siguiendo, es un tiempo especial de gracia. En el podemos experimentar el don de la benevolencia divina para con nosotros, pues, como se afirma en la antífona de entrada del miércoles de ceniza: *“Te compadece de todos porque todos lo puedes, Señor...”*.

Es esta certeza la que lleva a la Iglesia a pedir en este día en la oración colecta:

1º *“Mira con amor el reconocimiento de nuestra pequeñez”*.

2º *“Levanta con tu misericordia a los que nos sentimos abatidos por nuestra conciencia”*.

El reconocimiento de nuestra pequeñez es el paso, el primero, que hemos de dar para poder iniciar un camino de misericordia; un hogar que siempre podremos encontrar en Dios, como *“el gorrión ha encontrado una casa”*, tal como se afirma en la antífona de comunión de este domingo.

El reto que tiene la Comunidad Cristiana, siempre, pero particularmente en este tiempo, es orar desde la propia indigencia; para poder hacerlo hay que ser humildes, virtud que se ha de cultivar puesto que atrae la mirada de Dios —es el gozo de la Virgen del Magnificat— y, en Cuaresma, se pide con mucha solicitud

El humilde se sabe dependiente e hijo y... nada teme. No mira su fragilidad ni la esconde, pues se sabe protegido y alimentado, precisamente porque es frágil; no hemos de olvidar que **la humildad**

está unida con la experiencia de vacío. Las prácticas cuaresmales de la oración, limosna y ayuno, es la pedagogía de la Iglesia a fin de llevarnos a un vacío asumido, en el que se hace el hueco que necesitamos, a fin de estar **disponibles para ser llenado con la carne sufriente de Cristo en el pueblo** cfr E.G. n.24.



El texto de la lectura primera que se proclama en este día es sobrecogedor. Hace referencia al tiempo de la fe y del amor vivido por Moisés, que se inicia con un giro radical, marcado por la irrupción de Dios en su historia: *“Se le apareció un ángel en el desierto del monte Sinaí, en medio de la llama de una zarza ardiente”* (Hch 7,30).

Aparentemente de improviso, pero en realidad como fruto de una maduración lenta y profunda, la de quien no ha dejado de estar abierto al misterio de Dios. Esto hace que Moisés descubra la iniciativa divina, y comprenda que el Altísimo se interesa por nosotros, a fin de regalarnos el don de su ternura, porque **“conoce”** nuestros sufrimientos.

El grito del hombre, lo absurdo del dolor provocado por la arrogancia humana, por la injusticia, pero también ante las catástrofes, son realidades que hieren nuestro INTERIOR y nos ponen con frecuencia en **“crisis”**, pero tocan también el corazón de Dios que escucha el llanto de su pueblo (cfr Ex 3,7ss).

Jesús ante lo absurdo de las noticias, que son catástrofes o obra de la crueldad del tirano, como las

del evangelio de hoy, responde, da la impresión, de forma extraña: *“¿Creéis que aquellos galileos eran más pecadores para sufrir semejante destino? No, pero si no os convertís, todos pereceréis de la misma manera”*.

El Señor parece invitarnos, cuando la vida es inexplicable, a encontrar la pregunta justa que nos permita entrar por esa puerta del acontecimiento que nos desconcierta.



Muchas veces, ante lo que nos sucede o acontece en el mundo, nos quedamos paralizados o resignados, pero en el fondo de todo hay un interrogante que nos interpela, una invitación que se nos hace: la **conversión**. En las cosas que nos pasan y nos rodean, es esencial crecer, volver a la verdad, volver a Dios. La conversión ha de ser continua, a ello invita san Benito patrono de Europa, porque la vida es cambio, aprendizaje, y exige dialogar con lo que pasa para que nos cambie por dentro.

Ante los graves sucesos de la vida, en lugar de buscar una explicación, a la que nunca llegamos definitivamente, Jesús nos impulsa a preguntarnos cómo podemos ser transformados por este hecho y solo así, incluso un acontecimiento terrible, puede convertirse en una forma privilegiada de amar.



Orando en la escuela de los salmos

Un salmo para rumiar

Sal 102, 1-2. 3-4. 6-7. 8 y 11

Bendice, alma mía, al Señor,
y todo mi ser a su santo nombre.
Bendice, alma mía, al Señor,

y no olvides sus beneficios.

Él perdona todas tus culpas

y cura todas tus enfermedades;

él rescata tu vida de la fosa

y te colma de gracia y de ternura.

El Señor hace justicia

y defiende a todos los oprimidos;

enseñó sus caminos a Moisés

y sus hazañas a los hijos de Israel.

El Señor es compasivo y misericordioso,

lento a la ira y rico en clemencia;

como se levanta el cielo sobre la tierra,

se levanta su bondad sobre los que lo temen.

El salmo 102 es un dulce canto de amor y de perdón. Es una invitación a la bendición y la forma concreta de hacerlo es recordar y contar lo que Dios ha hecho por nosotros. Es uno de los mandamientos fundamentales de Israel. No olvides (Dt 9,7). Ese decir: **recuerda lo que has conocido y experimentado y escríbelo y grábalo dentro de tu corazón.**

¿Cuáles son estas bendiciones que el Señor ha dado?

vv. 3-5: perdonar, sanar, salvar, coronar, saciar.

v.v.6-7: concreción del perdón. Actúa con justicia: las grandes obras que Dios ha hecho en la historia de Israel, se dice que son obra de justicia porque expresan la fidelidad de Dios. Al actuar de esta manera, Dios mostró a Moisés sus caminos y a los hijos de Israel sus obras (v.7).

v. 8 Lento a la ira: es una fuerte expresión bíblica para mostrar la posición de Dios frente a lo que amenaza la vida. La ira de Dios responde al pecado del hombre y por lo tanto tiene la brevedad de nuestro pecado. El amor de Dios es la expresión de su identidad. ¿Por qué Dios actúa de esta manera?



Porque recuerda que somos polvo. Es la invitación que se nos ha hecho el miércoles de ceniza: *"Recuerda que eres polvo..."* pero como afirma Francisco de Quevedo *"mas polvo enamorado"*.

Una imagen: ya nos lo recuerda el primer libro de la Biblia (Gén 2, 7). Somos un poco de barro sobre el que Dios ha soplado su espíritu de vida. Precisamente porque estamos hechos así, nuestro material es propenso al mal. Es lo que se reconoce en el magnífico himno, obra de San Gregorio, en las vísperas de este tiempo de Cuaresma: *"Infirma tu scis virium"* (Tú conoces la debilidad de nuestras fuerzas).

La percepción de la fragilidad del hombre es un motivo que fortalece la misericordia de Dios.

En la fuente de agua viva

Catedral de Oviedo-Sancta Ovetensis

DOMINGO III DE CUARESMA "C"

Un texto para guardar en la memoria del corazón

Éxodo 3, 1-8a 13-15

En aquellos días, Moisés pastoreaba el rebaño de su suegro Jetró, sacerdote de Madián. Llevó el rebaño trashumando por el desierto hasta llegar a Horeb, la montaña de Dios. El ángel del Señor se le apareció en una llamarada entre las zarzas. Moisés se fijó: la zarza ardía sin consumirse. Moisés se dijo: «Voy a acercarme a mirar este espectáculo admirable, a ver por qué no se quema la zarza»... Dijo Dios: «No te acerques; quítate las sandalias de los pies, pues el sitio que pisas es terreno sagrado»... El Señor le dijo: «He visto la opresión de mi pueblo en Egipto y conozco sus sufrimientos. He bajado a librarlo de los egipcios, para llevarlo a una tierra fértil y espaciosa, tierra que mana leche y miel».



Lucas 13, 1-9

En aquel momento se presentaron algunos a contar a Jesús lo de los galileos, cuya sangre había mezclado Pilato con la de los sacrificios que ofrecían. Jesús respondió: «¿Pensáis que esos galileos eran más pecadores que los demás galileos porque han padecido todo esto? Os digo que no; y, si no os convertís, todos pereceréis lo mismo.